

enlace ventajoso, si una lengua movida por la envidia no las hubiese hecho aparecer como mujeres criminales! Causa verdaderamente espanto y admiracion el considerar los grandes estragos que causa cada dia el funesto vicio de la murmuracion, del que es contado el que está libre. ¿Y acaso murmurareis sin escrúpulo? ¿Habeis juzgado que la murmuracion no es una cosa prohibida por Dios? Considerad tan solo que la caridad es el fundamento de nuestra religion, y conoceréis que faltando á ella por la murmuracion, pecáis gravemente. Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, nos dijo espresamente que queria que sus discípulos, aquellos que eran seguidores de su celestial doctrina, fuesen conocidos en el mundo por el amor que mutuamente se profesaran (1), y el Discípulo amado no predicaba otro sermón que el compendioso de «hijitos míos, amaros los unos á los otros.» Ahora bien: supuesta esta doctrina, ¿amará á su prójimo, como el Señor ha mandado, aquel que se complace en denigrarle, en hacer públicas sus faltas y en aumentarlas á los ojos del mundo? No es necesario una imaginacion perspicaz para conocer que esto mas bien que amor es un ódio manifiesto y declarado, indigno de un cristiano, que como dice Tertuliano, de nadie es enemigo. Peca, pues, el murmurador contra el quinto precepto de la ley de Dios, en que se nos prohíbe el matar, toda vez que con su lengua mata la honra, estimacion y buena fama de su prójimo á quien está obligado á amar, y esto debeis tener presente cuando os dispongais por

(1) In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. Joan. cap. XIII, v. 33.

medio del exámen de conciencia para acercaros al tribunal de la penitencia.

Contra el mandamiento que venimos esplicando, pecan tambien aquellos que con sus palabras, dichos ó hechos escandalizan de algun modo á sus semejantes. El escándalo es por desgracia general, y rara es la persona que no escandaliza, bien incitando á otros á pecar, bien dando motivo para ello. Dá escándalo el que llama á un prójimo incitándole á que le ayude á cometer tal estafa, á vengar alguna injuria, ó á que le acompañe á embriagarse ó á cometer este ó el otro pecado; y escandaliza tambien el que con su mala vida y criminales costumbres dá motivos para que otros pequen. Asi sucede á aquella mujer que con su desenvoltura y adornos incita al pecado, y aquellos padres y superiores que lejos de exhortar á los hijos ó dependientes á que vivan cristianamente, juran, maldicen y blasfeman en presencia de ellos, enseñándolos de este modo á pecar.

Jesucristo en su Evangelio muéstrase indignado contra los escandalosos, y esclama: ¡Ay del mundo por los escándalos! Necesario es que vengan escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo venga (1)! ¡Ah! Es incomparable la gravedad del delito que comete el que á un niño ó á una jóven inocente enseña á practicar la maldad, bien sea con su mala enseñanza ó con su pernicioso ejemplo. Digno es, dice el mismo Jesucristo, de ser arrojado al mar. Como quiera que se mire, el escándalo es un pecado de gravísimas consecuencias, porque es imposible el repararlo, como puede repararse la ofensa que se

(1) Math. cap. XVIII, v. 7.



hizo al prójimo, robándole lo que le pertenecía: porque ¿cómo restituireis la honra que tan gratuitamente echásteis por tierra? ¿Cómo reparareis los daños y perjuicios que causásteis á vuestros prójimos? ¿Cómo os será fácil, aunque queráis practicarlo, el reunir todas aquellas personas en cuya presencia hablásteis, y las otras á quienes estas pudieran haberlo referido, para desdeciros de lo que injustamente hablásteis? Y aunque esto fuese fácil el efectuarlo, ¿os creerian ahora mas que os creyeron antes? Y la persona que tuvo pérdidas por lo que hablásteis, ¿las resarcirá por ventura con vuestra retractacion? Si enseñásteis á un pequeñuelo á pecar, ¿podreis ya hacerle detestar aquel vicio que aprendió? Si habeis blasfemado públicamente de Dios, ¿podreis borrar el escándalo que causásteis, y el efecto que produjeron vuestras voces en aquellos que os oyeron cuando tan anticristianamente hablásteis? Vuestro genio y poco temor de Dios os hizo componer un libro obscuro ó impío: ¿podreis recoger y quemar los ejemplares que se hubieren espendido? ¿Os será fácil arrancar aquellas lecturas de las manos en las cuales cayeron? Ved, mis hermanos, claramente demostrado cómo el escándalo es un pecado gravísimo de funestas é irreparables consecuencias. El escándalo ofende al prójimo, y San Juan llama por esto al escandaloso matador de las almas.

No obstante cuanto acabamos de decir, como quiera que la misericordia de Dios no está sujeta á medida y es infinita, os perdonará si llorais vuestros pasados escándalos, y os proveeis de remedios eficaces para enmendar en adelante vuestras costumbres. El real Profeta de los salmos dió el mayor escándalo á Israel

con su doble pecado de homicidio y adulterio, y su dolor y lágrimas de arrepentimiento le alcanzaron el perdón. La vida de Dimas habia sido una verdadera vida de escándalos, pues que sus ocupaciones habían consistido en el robo y la maldad. Volvió sus ojos á Jesucristo, cuando ambos estaban pendientes del patíbulo: reconoce su Divinidad, declara su inocencia, y al tiempo mismo que declara que Jesucristo es inocentísimo é impecable, conoce sus propios delitos, los llora y se acoge á la misericordia del Salvador, suplicándole le lleve consigo á su reino de la gloria; y el perdón y la oferta del paraíso suceden inmediatamente á su dolor y arrepentimiento. Cobarde Pedro y temeroso de ser conocido, niega por tres veces consecutivas que es discípulo del Salvador, y aun jura para ser creído; pero ¿qué necesitó para conocer su pecado, llorar amargamente, y alcanzar la gracia y el perdón? Tan solamente una mirada de su Divino Maestro.

A vista de los ejemplos citados y de otros muchos que pudiéramos citar, podeis conocer, mis amadísimos hermanos, que los escándalos que hasta aquí podais haber dado, podeis repararlos por la enmienda de vuestras costumbres y el arreglo de vuestra vida. Reasumiendo cuanto llevamos dicho, os recetaré como médico de vuestras almas, las medicinas que debeis aplicaros, para evitar todo aquello que se opone al quinto mandamiento de la ley de Dios, cuya esplicacion ha sido objeto de la presente plática.

Y desde luego, ¿cuál es la causa de tantas muertes violentas, de tantos asesinatos como continuamente se cometen? Yo veo dos principales, que son la ambicion y la ira: el deseo de apoderarse de los bienes ajenos es el origen de esas muertes desgra-



ciadas que á cada paso se efectúan por los ladrones, enemigos del buen orden de la sociedad: y la ira y la soberbia la causa de otras muchas muertes hechas, no por ladrones asesinos, sino por hombres precipitados á quienes el no saber contener sus pasiones fué la causa de su crimen.

Ciertamente deseareis que el Señor os dé sus auxilios y os comunique su gracia, á fin de que no caigais nunca en tal pecado, pues que os horroriza el solo pensamiento de un asesinato. ¿Quereis evitar hasta el pensamiento, si es posible, de semejante atentado? Pues armaos de humildad y paciencia: la soberbia y la ira son los vicios que arrastran á tales crímenes: pues bien, tratad de reprimir estos vicios, practicando las virtudes contrarias. Os hacen una ofensa; se os han causado grandes y extraordinarios perjuicios; se os ha injuriado por otro hombre: no hay duda que vuestro amor propio se resiente, y que en el momento os sentís inclinados á vengaros del que os ofendió. ¿Quereis clavar el puñal en su pecho? ¿Os sentís inclinados á provocar un duelo que cubra á dos familias de luto y de amargura? Pues bien, solo os suplico que en este caso dejéis la venganza para el día siguiente; y en el que recibisteis la ofensa retiraos y preparaos: pero ¿qué preparación debereis hacer? Es muy sencillo: sois cristianos y debéis tener por modelo á Jesucristo; recordad los ultrajes y afrentas que hubo de sufrir por salvarnos y para darnos ejemplos admirables de paciencia. ¿Quién era Jesucristo? ¿Quiénes eran los que le insultaban, le llenaban de injurias y le maldecían? ¿Quiénes eran los que levantaban sus manos para dejarlas caer sobre su divino rostro? ¿Quiénes

fueron los que pusieron la cruz sobre sus hombros y le condujeron al Calvario, donde le quitaron la vida en medio de los mas crueles tormentos? ¡Ah, mis hermanos! Jesucristo aunque estaba revestido de nuestra propia naturaleza, es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de Personas; por consiguiente es el Rey de los cielos y de la tierra: los ángeles y los hombres y todo cuanto existe, está sujeto á su voluntad y dominio: los que le colmaban de injurias eran unos hombres pecadores, á quienes Jesucristo podia haber reducido á cenizas en un momento. Sin embargo, fijad la vista en la ciudad deicida, en esa ciudad antes tan amada y favorecida de Dios, y donde tantos beneficios derramára el Salvador de la humanidad, y vereis aquellos hombres sentados como jueces, y ante su presencia en pié y como reo al que es el Juez de los vivos y de los muertos, al que es la santidad por esencia, impecable por naturaleza. ¿Y qué responde á tantas injurias, á tan repetidos insultos? Nada, absolutamente nada. *Jesus autem tacebat*: Jesus callaba. ¡Qué ejemplo mas admirable de humildad, de mansedumbre, de paciencia y resignación! Aprended de mí, habia dicho antes, porque soy manso y humilde de corazón.

¡Sí, cristianos; aprended de ese Salvador amorosísimo: yo os aseguro que haciendo estas meditaciones, se desarmará el brazo que queriais levantar para llevar á cabo vuestra venganza y satisfacer vuestras pasiones. ¿Qué diferencia hay entre vosotros que sois hombres y Jesucristo que es Dios? ¿Qué término de comparacion podrá existir entre las ofensas que á vosotros os hace un hermano vuestro, con las que los



judíos hicieron al Redentor del mundo? Pues bien, tomad la venganza que nuestro Divino Maestro tomó de sus verdugos, que no fué otra que pedir á su Eterno Padre que se dignara perdonarlos. Así lo practicaron los fervorosos cristianos de los primeros siglos que se veían rodeados de enemigos implacables que se habían propuesto esterminar el nombre cristiano. ¡Qué espectáculo tan admirable presenta Estéban dirijiendo al cielo su oracion en favor de los mismos que hacían llover sobre su cabeza un diluvio de piedras! Y Lorenzo en las parrillas, y Sébastian atado al tronco, donde recibía el martirio de las saetas, y los demás mártires de la religion, todos imitando al Soberano Maestro de las naciones, perdonaban á sus perseguidores y rogaban por ellos.

Imitad, pues, mis amadísimos hermanos, la conducta del Santísimo legislador de nuestras divinas leyes, como le imitaron aquellos fervorosos cristianos de los primeros siglos, de cuyos lábios, como habeis oido, jamás salieron espresiones de ira contra los perseguidores que les colmaban de injurias y les conducían á los tormentos. Lejos del cristiano ese espíritu de soberbia y de venganza que arrastra á los hombres á cometer los mayores crímenes. Sed humildes y pacientes, y se apagará esa llama que arde en vuestros corazones. Haced bien por mal, esta es la gran máxima del Evangelio que practicó Jesucristo, que observaron los cristianos de los primeros siglos y que sin duda es la que conduce al cielo. Amad á vuestros prójimos como á vosotros mismos, segun que el Redentor nos ha ordenado. De este modo evitaréis el escándalo que produce el pecado, y vuestra lengua, empleada únicamente en bendecir á Dios y honrar á

nuestros prójimos, no se empleará en esas murmuraciones que hieren y matan la honra y buena fama de vuestros prójimos: así vivireis tranquilos en la observancia de la ley de Dios, y este Señor os concederá la recompensa eterna que tiene ofrecida y reserva á los que fielmente guardan sus mandamientos, que es la posesion de la gloria, que con el mayor afecto de mi corazon, os deseo á todos. Amen.